

# 9. LA LEY DEL AMOR

*" ¡Oh, maravillosa credulidad del hombre!*

*Si Dios se mantuviera en secreto, ¿podrías saber*

*O seguir al poderoso Artesano*

*A no ser que él lo quisiera?"*

*- Jean Ingelow.*

**S**e ha dicho que deberíamos estar satisfechos con saber lo que Dios dice, lo *que* hace y lo *que* manda, sin preguntar *por qué*. Esto último, se piensa, sería hurgar impíamente en los secretos de Dios, y tratar de desentrañar sus motivos. La respuesta es que toda la vida de Cristo y toda la palabra inspirada es una revelación de los motivos de Dios; y Juan condensa toda esta revelación en una sola palabra cuando dice: "Dios es *amor*".

Podemos conocer los actos de un hombre hasta cierto punto y, sin embargo, no saber realmente nada del hombre. Sólo en la medida en que conozcamos los motivos que subyacen a estos actos, lo conoceremos.

Esto es tan cierto para Dios como para el hombre. Pero Dios nos ha invitado a conocerlo; ha querido revelarse a nosotros por medio de Jesucristo; y nos ha dicho que en él están todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento. El mismo Jesús dijo: "Esta es la vida eterna, que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo a quien has enviado". Así que este pequeño libro es un humilde esfuerzo por mirar debajo del "qué", y descubrir algo del "por qué" de los hechos y palabras de Dios.

Es cierto que este es un terreno sagrado, en el que hay que caminar, como lo hacía uno de los antiguos con los pies desnudos y la cabeza descubierta. También es cierto que es un misterio en el que los ángeles desean mirar; pero no es un misterio porque Dios nos lo oculte sino porque es el misterio de un amor que sobrepasa el conocimiento. Aquí hay profundidades y alturas y longitudes y anchuras que la eternidad no será lo suficientemente larga como para que podamos comprenderla por completo, pero ahora podemos conocerla por la fe. Es cierto que si Dios quiere mantener el secreto en algún punto, no tendremos temor de descubrirlo; pero él es la Fuente de la Vida, y ha dicho que quien quiera puede venir y tomar *libremente*.

El hijo sabe muy bien que cuando puede ver el amor en el mandato del padre, es mucho más fácil obedecer; así que cuando el mismo amor divino que dicta los mandatos de Dios se mete en nuestros corazones, sabremos, con Juan, que "este es el amor de Dios, que guardemos sus mandamientos; y sus mandamientos no son gravosos".

"No tendrás otros dioses delante de mí". ¿Por qué esta prohibición? Es cierto que Dios es nuestro Creador, y que a él debemos nuestro amor y adoración supremos. Es cierto que tiene derecho a ordenarlo, y que debemos rendirle porque él lo ordena. Ese derecho a ordenar nuestro amor y adoración se basa, sin embargo, en su amor por nosotros, del que este mismo mandato es una manifestación. ¿No hay aquí más razón que el hecho de que Dios, te-

niendo el deseo de ser amado y adorado, y teniendo derecho a nuestro amor y adoración, lo ordena?

Podríamos detenernos y preguntar por qué desea nuestro amor. Es sólo el amor el que anhela amor. El corazón que anhela con inexpresable ternura a otro encuentra en su propio amor la verdadera medida de su anhelo de retorno de amor. El lenguaje de Dios a Israel, al romper este precepto, fue siempre el del amor herido. "Mi pacto rompieron, aunque fui un esposo para ellos, dice el Señor."

"Convertíos, hijos descarriados, dice el Señor, porque estoy casado con vosotros." "Ciertamente, como la esposa se aparta a traición de su marido, así habéis hecho traición a mí, casa de Israel, dice el Señor." Todas estas expresiones revelan el amor anhelante de Dios que subyace en este precepto. Es el verdadero anhelo del amor verdadero por los afectos supremos del objeto amado.

Pero hay aquí un significado más profundo y amplio que éste. Así como la felicidad de la familia depende de que haya devoción mutua, así es con la familia universal de la que hemos hablado. Al contemplar la luna llena navegando por el cielo superior y derramando su suave luz sobre todo lo que le rodea, ¿nunca has pensado que algún amigo, aunque esté a miles de kilómetros de distancia, podría estar mirando en ese momento el mismo objeto? ¿Y no ha sido ese un cordón misterioso para acercar vuestros corazones, a pesar de la distancia y la oscuridad? Así que esa suprema mirada de amor lanzada por cada uno sobre el Dios único debía acercar los corazones de la humanidad y mantenerlos en una feliz unidad.

En una ocasión, mientras hacía colportaje en el oeste de Iowa, el escritor entró en una casa y comenzó a exponer su libro. No había avanzado mu-

cho cuando se produjo la siguiente conversación. El caballero de la casa, notando algo peculiar en su acento, dijo:

*"Usted es un yanqui, ¿verdad?"*

*"Sí; ¿lo ha descubierto por mi forma de hablar?" "Sí; ¿de qué Estado es usted?"*

*"De New Hampshire."*

*"¿De veras? ¿De qué condado?" "Condado de Hillsborough."*

*"¡Quiero saber! ¿Alguna vez conociste a un hombre llamado Hanson, que vive en la antigua granja de Horace Greeley en Amherst?"*

*"Sí, es un amigo mío. Cené con él en la vieja casa de madera no mucho antes de llegar al Oeste."*

Se levantó de su asiento, y extendiendo su mano, que yo tomé, mientras sus labios temblaban y las lágrimas corrían por su rostro, dijo: "Ese hombre es mi hermano. Hace treinta años que no lo veo. Esposa, ¿no está la cena preparada? Me llevaré ese libro, Sr. Fifield, y usted debe quedarse con nosotros a cenar."

Yo era un perfecto desconocido para aquel hombre, pero me trataba como a un hermano. Quería que me quedara con él una semana, y que viniera a verlo cuando pudiera. ¿Qué nos hizo conocernos de inmediato y unir nuestros corazones? Teníamos un objeto común de afecto, y cada uno conociendo y amando a la misma persona, nos conocimos y amamos el uno al otro. Así, uniendo a todos los hombres en el culto amoroso a un solo Padre, Dios haría de todos ellos una feliz familia de hermanos y hermanas.

Para ilustrar esto, hay una pequeña historia de un pobre vagabundo que fue admitido una fría mañana en la puerta trasera de una casa por un ministro, que le dio un mendrugo muy pequeño y muy seco, y luego comenzó a interrogarlo. El muchacho era muy ignorante, y el ministro comenzó a hablarle de Dios. Él le dijo que Dios era el Creador, que había hecho todas las cosas y que vivía en el cielo. El niño, hambriento, trató de comer la corteza, sin apenas darse cuenta de lo que se decía. Finalmente, el ministro hizo el comentario casual de que Dios era nuestro Padre. Esto llamó la atención del niño. Dijo: "¿Es tu Padre?". El ministro respondió: "Sí". "¿Es mi Padre?" De nuevo el ministro dijo: "Sí." El niño pensó un momento, y luego dijo: "Tú y yo somos hermanos, ¿no?" De mala gana, el ministro dijo: "Sí". Entonces dijo el niño: "¿No te da vergüenza darme un mendrugo tan seco?"

Esta historia, por simple que sea, puede traer convicción y condena a muchos de nosotros. ¿Hemos apreciado la gracia de la bondad fraternal para todos? ¿hemos sentido, al considerar a Dios como nuestro Padre, nuestra relación y nuestro deber para con todos sus hijos? Esta pequeña historia lleva en sí el principio del primer precepto; y en resumen, de todos los diez, pues todos están incluidos en la paternidad de Dios y la hermandad del hombre. El incumplimiento de este precepto ha llevado a la adoración de diferentes dioses. Esto ha dividido al mundo en diferentes familias y diferentes naciones, cada una con sus propios dioses, y cada una diciendo que los dioses de las otras naciones no son dioses, cada uno de ellos tiene su propia hermandad para su pequeña tribu o clan, pero negándola a todos los demás. Así, el mundo se ha llenado de guerras y derramamiento de sangre. Los hombres han luchado porque estaban celosos por la preeminencia y la supremacía de sus dioses; y así los mismos dioses que sus miedos y supersticiones crearon, han participado en la destrucción de la vida humana.

No es demasiado decir que se ha causado más miseria por la violación directa de este mandamiento que por todo lo demás. En efecto, cuando recordamos que los otros nueve mandamientos no son más que indicaciones especiales para la observancia de los dos principios contenidos en este precepto, veremos entonces que todo pecado, y por tanto toda miseria, es el resultado de la violación de este mandamiento.

Dios conocía desde el principio el inevitable resultado que implicaría para sus hijos el alejarse de él. No había egoísmo en el amor que dijo: "No tendrás otros dioses delante de mí". Fue Jesucristo quien retomó este precepto y nos enseñó a decir: "Padre nuestro que estás en el cielo". Él quiso realizar en la iglesia lo que se habría realizado en el mundo si no hubiera sido por el pecado. A esa iglesia le dijo: "No llaméis a nadie vuestro padre en la tierra porque uno es vuestro Padre, el que está en el cielo". "No os llaméis Rabí, porque uno es vuestro Maestro, Cristo, y todos vosotros sois hermanos."

Con nuestro divino Señor, Dios fue siempre "Padre nuestro", un Padre que se deleitaba en dar buenos regalos a sus hijos, un Padre que alimentaba al cuervo y vestía de belleza al lirio, y sin el cual no cayó ni un gorrión a la tierra. Toda la vida de Jesús fue una ilustración de este precepto. Para él todos los hombres eran hermanos y trató de llevarlos a reconocer esa hermandad. Aunque él salió de la gloria inefable que tenía con el Padre antes de que los mundos fueran, se rebajó a nuestras necesidades y no se avergonzó de llamarnos hermanos.

Ojalá todos fuéramos como él; entonces podríamos llevar a los hombres y mujeres hambrientos y cansados del mundo a Jesús, esa manifestación del amor divino, donde nacidos de nuevo del único Padre, podrían llegar a ser miembros de la única y verdadera hermandad. Ojalá podamos realizar esta hermandad más en nuestras iglesias, para que la respuesta compasiva de corazón a corazón pueda siempre esparcir una lágrima por el dolor de los

demás, y una sonrisa por la alegría de los demás. Entonces, nuestros corazones no estarían, necesariamente, mirando hacia arriba con el lento fuego del dolor, ardiendo en la oscuridad; pero incluso aquí, como Él lo diseñó, podría haber una imagen del cielo en la tierra, un lugar donde pudiéramos encontrarnos, no solo cara a cara, sino también de corazón a corazón, y conocer como somos conocidos. El amor que nos daría esta alegría se revela en el primer principio del Decálogo e ilustrado en la vida de Jesucristo.

El "por qué" de ese mandamiento es el amor, porque "Dios es amor".